

dia de gobernar la muchedumbre que rebajar las pruebas hasta la vulgaridad de su inteligencia y de sus necesidades! Humaniza á Dios: ¿no es ese el único camino para hacerle inteligible? Define casi sensiblemente la vida futura: ¿no es ese el único camino para hacer desearla?

La poesía de las grandes inducciones filosóficas es cosa débil al lado de la íntima persuasión arraigada por tantas descripciones positivas y circunstanciadas. Así nace la piedad activa, y una religión de tal índole duplica el temple del resorte moral. La de Addison es bella en fuerza de energía: el vigor del sentimiento salva las miserias del dogma. Al través de sus disertaciones se descubre la emoción de su espíritu; las minucias y la pedantería desaparecen. No se ve ya en él más que un alma penetrada hasta el fondo de adoración y de respeto; no es ya un predicador que baraja los atributos divinos y desempeña su oficio de lógico: es un hombre que, naturalmente y por el solo impulso de su naturaleza, se vuelve una y otra vez hacia un espectáculo augusto, recorre con veneración todos sus aspectos, y no se aparta de él sino con el corazón renovado ó conturbado. No hay nada que no haga respetable la sinceridad de su sentimiento, así se trate de simples prescripciones de catecismo. Pide días fijos de devoción y de meditación que eleven regularmente nuestro espíritu al pensamiento de nuestro Creador y de nuestra fe. Inserta oraciones en sus folletines. Prohíbe los juramentos, recomendándonos tener perpetuamente presente la idea del señor soberano. «Ese homenaje habitual al Ser Supremo desterraría de entre nosotros la impiedad generalizada de emplear su nombre en las ocasiones más triviales... Sería una afrenta para la razón tratar de encarecer el horror y

el sacrilegio de semejante costumbre» (1). Un francés, á las primeras palabras, al oír que se le prohíbe jurar, se reiría probablemente: á sus ojos, esa es una cuestión de buen gusto, no de moral. Pero si oyese pronunciar al mismo Addison lo que acabo de traducir, no se reiría.

## IV

No es una cosa pequeña poner en boga la moral. Addison la puso, y en boga quedó. Antes las personas honradas no eran cultas, y las personas cultas no eran honradas; la piedad era fanática y la urbanidad licenciosa; en las costumbres, como en las letras, no se encontraban más que puritanos ó libertinos. Addison reconcilió por primera vez la virtud y la elegancia, enseñó el deber en estilo excelente, y puso el atractivo al servicio de la razón.

«Se cuenta de Sócrates—escribe—que hizo bajar la filosofía del cielo para alojarla entre los hombres. Yo ambiciono que se diga de mí que saqué la filosofía de los gabinetes y de las bibliotecas, de las escuelas y de los colegios, para instalarla en los clubs y en las asambleas, en las mesas de te y en los cafés. Así, recomiendo muy particularmente mis meditaciones á las familias metódicas que dedican una hora todas las mañanas al te, al pan y á la manteca, y las aconsejo por su bien que se hagan servir puntualmente este periódico como una parte del servicio del te» (2). Veis aquí

(1) *Spectator*, núm. 535.

(2) *Spectator*, núm. 10.

una semi-sonrisa; una ligera ironía ha venido á templar la idea seria; es el acento de un hombre cortés que, á la primera señal de hastío, cambia de rumbo, adopta delicadamente, aun á sus expensas, un tono jovial, y quiere hacerse agradable. Ese es siempre el acento de Addison.

¡Cuánto arte se necesita para agradar! En primer término, el arte de hacerse entender siempre en el acto y hasta el fondo, sin trabajo de parte del lector, sin reflexión, sin atención. Figurémonos hombres de mundo que leen una página entre bocado y bocado de bollo (1), damas que interrumpen una frase para preguntar la hora del baile: tres palabras especiales ó técnicas los harían tirar el periódico. No quieren más que términos claros, de uso común, en que el espíritu penetre de golpe como en los senderos de la conversación ordinaria.

En efecto; para ellos la lectura no es más que una conversación, y mejor que la otra. Porque la sociedad escogida refina el lenguaje. No tolera los abandonos ni las vaguedades de la improvisación y de la inexperiencia. Exige la ciencia del estilo como la ciencia de las formas y modales. Quiere palabras precisas que expresen los matices delicados del pensamiento, y palabras medidas que eviten las impresiones desagradables ó extremas. Desea períodos desenvueltos que, presentándole la misma idea bajo varias fases, la graben fácilmente en su espíritu distraído. Pide alianzas de palabras que, presentando un pensamiento conocido bajo una forma atractiva, le hundan vivamente en su distraída imaginación. Addison la da todo lo que desea; sus escritos son el puro manantial del estilo clásico.

(1) *Bohea-rolls*.

co; jamás se ha hablado en Inglaterra en mejor tono. Los adornos abundan, sin que jamás intervenga la retórica. Por todas partes, justas oposiciones que no sirven más que para la claridad y no se prolongan en demasía; expresiones afortunadas y espontáneas que dan á las cosas un cariz nuevo é ingenioso; armoniosos períodos en que los sonidos fluyen con la diversidad y suavidad de un arroyo tranquilo; una vena fecunda de invenciones é imágenes, en que resplandece la más amable ironía. Perdónese al traductor que procura ofrecer un ejemplo de ese estilo en esta burlona pintura del poeta y de sus libertades. No está obligado á acompañar á la Naturaleza en su lento curso de una estación á otra, ni á seguir su marcha en la producción sucesiva de las plantas y de las flores. El puede acumular en su descripción todas las bellezas de la primavera y del otoño, y poner á contribución todos los meses, para ser más agradable. Sus rosales, sus madreselvas y sus jazmines florecerán juntamente, y sus acirates se cubrirán simultáneamente de amarantos, de violetas y de azucenas. Su suelo no está reducido á ciertas clases de plantas; conviene por igual á la encina y al mirto, y se presta de suyo á las producciones de todos los climas.

Allí pueden crecer espontáneamente los naranjos; allí habrá mirtos en todos los setos, y si se le antoja tener un bosque de especias, se procurará en un momento el sol suficiente para verle surgir. Si no basta todo eso para depararle un paisaje á su gusto, puede crear nuevas especies de flores, de perfumes más ricos, de más vivos colores que todas las que crecen en los jardines de la naturaleza. Sus conciertos de aves pueden ser todo lo ricos y armoniosos que desee, y sus bosques todo lo espesos y sombríos que le plazca. Una

vasta perspectiva le cuesta tan poco como una pequeña, y lo mismo puede lanzar sus cascadas desde un precipicio de media milla de altura que desde un peñasco de diez varas. Elige á su albedrío los vientos, y puede hacer que el curso de sus ríos trace toda la variedad de tonos que más deleite la imaginación del lector (1). Me parece que Addison aprovecha aquí los derechos que concede, y se recrea explicando cómo se nos puede recrear. Tal es el tono atractivo de la sociedad distinguida. Leyendo estos ensayos, se le figura uno más atractivo aún de lo que es; ninguna pretensión; ningún esfuerzo; miramientos infinitos que se emplean sin querer y se obtienen sin pedirlos; el don de ser jovial y agradable; una broma delicada, burlas sin acritud, una alegría constante; el arte de tomar en todas las cosas la flor más fresca y lozana, y de aspirarla sin ajarla ni empañarla; la ciencia, la política, la experiencia, la moral, trayendo, adornando y ofreciendo sus mejores frutos en el momento oportuno, dispuestas á retirarse en cuanto la conversación los ha gustado y antes de que se canse de ellos; las damas colocadas en primer término (2), árbitros de las delicadezas, rodeadas de homenajes, completando la cortesía de los hombres y el brillo de la sociedad con la finura de su ingenio, la gracia de sus sonrisas y el atractivo de sus tocados: tal es el espectáculo interior en que el escritor se ha formado y recreado.

(1) *Spectator*, núm. 148.

(2) *Spectator*, 423, 265.

## V

A tantas ventajas no dejan de acompañar inconvenientes. Las conveniencias sociales, que atenúan las expresiones, embotan el estilo; á fuerza de regular las espontaneidades y de templar las vehemencias conducen al lenguaje borroso y uniforme. No hay que querer agradar siempre, sobre todo agradar al oído. M. de Chateaubriand se alababa de no haber admitido una sola elisión en el canto de Cimodocea; tanto peor para Cimodocea. De igual manera perjudican á Addison los comentadores que notan el ritmo de sus periodos (1). Explican así por qué cansa un poco. La rotundidad de las frases es un pobre mérito y daña á los demás. Calcular las largas y las breves, perseguir siempre la eufonía, soñar con las cadencias finales, todos esos rebuscamientos clásicos perjudican á un escritor. Cada idea tiene su acento, y todo nuestro trabajo debe ser traducirle en el papel con la franqueza y sencillez con que se ofrece en nuestra mente. Debemos copiar y anotar nuestro pensamiento con el flujo de emociones y de imágenes que le suscitan, sin otra preocupación que la de la exactitud y de la claridad. Una frase verdadera vale por cien periodos cadenciosos: la una es un documento que fija para siempre un movimiento del corazón ó de los sentidos; el otro es un juguete bue-

(1) Véase el minucioso análisis de Hurd, la descomposición del periodo, la proporción de las largas y de las breves, el estudio de las finales.—No haría más un músico.—(*Spectator*, número 411.)

no para entretener cabezas huera de versificadores; yo daría veinte páginas de Fléchier por tres líneas de Saint-Simon. El ritmo regular mutila el impulso de la invención natural; los matices de la visión interior desaparecen; no vemos ya un alma que piensa ó siente, sino dedos que miden: el período continuo se parece á las tijeras de La Quintinie que recortan en forma de bola todos los árboles, so pretexto de adornarlos. He ahí por qué existe en el estilo de Addison cierta frialdad, cierta monotonía. Addison parece escucharse. Es demasiado moderado, demasiado correcto. Sus historias más conmovedoras como, por ejemplo, la de Teodosio y Constancia, impresionan poco; ¿quién sentiría ganas de llorar oyendo períodos como éste? «Sabiendo Constancia que sólo la noticia de su matrimonio podía haber impulsado á su amante á tales extremos, no quería recibir consuelos; se acusaba á sí misma ahora de haber prestado oídos tan dócilmente á una proposición de matrimonio, y miraba á su nuevo pretendiente como el asesino de Teodosio; en resumen, se decidió á sufrir las últimas consecuencias de la ira de su padre antes que someterse á un enlace que la parecía tan lleno de crimen y de horror (1). ¿Es así como se pienta el horror y el crimen? ¿Dónde están los movimientos apasionados que Addison pretende pintar? Eso está contado, pero no está visto.

En el fondo, el clásico no sabe *ver*. Siempre mesurado y razonable, se ocupa ante todo de proporcionar y de ordenar. Tiene sus reglas en el bolsillo, y las saca á cada paso. No se remonta de golpe á la fuente de lo bello, como los verdaderos artistas, por la violencia y la lucidez de la inspiración natural; se detiene en las

(1) *Spectator*, núm. 164.

regiones medias, entre los preceptos, bajo la guía del gusto y del sentido común. Por eso es tan mediana la crítica de Addison. Los que busquen ideas harán bien en no leer su *Ensayo sobre la imaginación*, tan ponderado, tan bien escrito, pero de una filosofía tan rápida, tan ordinaria, tan empuñada por la intervención de las causas finales. Su célebre comentario del *Paraiso perdido* no vale mucho más que la disertación de Batteux y del P. Bossu. En alguna parte compara, igualándolos casi, á Homero, Virgilio y Ovidio. Es que, para él, el primer mérito de un poema estriba en su correcta composición. Los clásicos puros gustan más el arreglo y el buen orden que la verdad sencilla y la invención poderosa. Tienen siempre en la mano su manual de poesía: si os ajustáis al patrón convenido, tenéis genio; si no, no. Addison, para elogiar á Milton, dice que la acción del *Paraiso* es una, completa y grande, según la regla del poema épico; que los caracteres son variados y de un interés universal; que los sentimientos son naturales, apropiados y elevados; que el estilo es claro, diversificado y sublime. Ahora podéis admirar á Milton: tiene un certificado de Aristóteles. Oíd, por ejemplo, estas frías minucias de la disertación clásica: «Si yo hubiese seguido el método de M. Bossu en mi primer artículo sobre Milton, hubiese datado la acción del *Paraiso perdido* á partir del discurso de Rafael en el quinto libro» (1).

«Aunque la alegoría del Pecado y de la Muerte pueda disculparse hasta cierto punto por su belleza, yo no podría admitir que dos personajes de una existencia tan quimérica sean actores propios de un poema épico.» Mas lejos define las máquinas poéticas, las condi-

(1) *Spectator*, núm. 327.

ciones de su estructura, la utilidad de su uso. Me parece estar viendo un carpintero que examina la construcción de una escalera. No se vaya á creer que le dan en ojos las cosas artificiales; al contrario, las admira. Le parecen sublimes las peroratas de Dios padre y las etiquetas monárquicas que median entre las personas de la Trinidad. Los campamentos de los ángeles, sus hábitos de capilla y de cuartel, sus disputas de escuela, su estilo de puritanos agrios ó de realistas devotos no tienen para él nada de falso ni de desagradable. La pedantería de Adán y sus sermones caseros le parecen naturales en el estado puro de inocencia. Efectivamente: los clásicos de los últimos siglos no concibieron nunca el espíritu humano más que culto. El niño, el artista, el bárbaro, el inspirado, se sustraen á sus miradas; con mayor razón, los personajes que están fuera de los límites del hombre: su mundo se reduce á la tierra, y la tierra al gabinete de estudio y al salón; no llegan á Dios ni á la naturaleza, ó si tocan á tales cosas, es para transformar la naturaleza en un jardín simétrico y convertir á Dios en un celador moral. Reducen el genio á la elocuencia, la poesía al discurso, el drama al diálogo. Cifran la belleza en la razón, especie de facultad media, que, impropia para inventar, pero poderosa para regir, equilibra la imaginación como la conducta, y erige al gusto en árbitro de las letras al mismo tiempo que á la moral en árbitro de las acciones. Proscriben los juegos de palabras, las groserías sensuales, los descarríos de la imaginación, las inverosimilitudes, las atrocidades y todo el bagaje ingrato de Shakespeare (1); pero no le siguen más que á medias á las profundidades del cora-

(1) *Spectator*, 39, 40, 58.

zón del hombre donde él descubre el animal y el Dios. Quieren, sin duda, que se los conmueva, pero no que se los trastorne; toleran que se los impresione, pero exigen que se les agrade. Agradar discretamente: he ahí el objeto de su literatura. Tal es la crítica de Addison, semejante á su arte, nacida, como su arte de la urbanidad clásica, apropiada, como su arte, á la vida de sociedad, dotada de la misma solidez y de los mismos límites, porque tiene las mismas fuentes, que son la regla y el atractivo.

## VI

Hay que añadir que estamos en Inglaterra, y que muchas cosas de Inglaterra no son agradables para un francés. Donde el arte clásico ha alcanzado su perfección es en Francia; de modo que, comparado con él, el de los otros pueblos adolece de alguna imperfección. Addison, tan elegante en su país, no lo es enteramente para nosotros. Al lado de Tillotson, es el hombre más encantador del mundo. Al lado de Montesquieu, no lo es más que á medias. Su conversación no es bastante viva; la agilidad, las transiciones fáciles de tono, la sonrisa ligera, que tan pronto se desvanece como reaparece, no son cosas en que abunde. Hace frases largas y demasiado uniformes; recarga demasiado sus períodos: se los podría aliviar de una multitud de palabras inútiles. Anuncia lo que va á decir, marca las divisiones y las subdivisiones, cita del latín y hasta del griego, se eterniza moralizando. No teme ser enojoso; es que eso no es de temer delante de ingleses. Gente aficionada á los sermones demostrativos de tres

horas, no es muy exigente en punto á amenidades. Recordemos que allí las mujeres van por gusto á los *meetings* y se divierten escuchando durante medio día discursos sobre la embriaguez y sobre la escala móvil; esas almas pacientes no exigen que la conversación sea siempre viva y atractiva. Por consecuencia, pueden sufrir una cortesía menos fina y cumplidos menos disfrazados. Cuando Addison las saluda—cosa que hace á menudo—es con aire grave, y su inclinación va acompañada siempre de una advertencia; véase este pasaje sobre las galas demasiado vistosas:

«Contemplé aquel matizado grupito como un cuadro de tulipanes, y me pregunté al pronto si no era una embajada de reinas indias; pero, mirándolas de frente, me desengañé al punto, y vi tanta belleza en cada semblante, que las reconocí por inglesas: ningún otro país hubiese podido producir aquellas mejillas, aquellos labios y aquellos ojos» (1). En esta burla discreta, templada por una admiración casi oficial, se ve la manera inglesa de tratar á las mujeres; el hombre, frente á ellas, es siempre un predicador laico: las mira como criaturas encantadoras ó amas de casa útiles, jamás como reinas de salón ó iguales, según acontece entre nosotros. Cuando Addison quiere atraer á las damas legitimistas al partido protestante, las trata casi como niñas á quienes se promete devolver su muñeca ó su bollo, si quieren ser juiciosas (2). «Deberían reflexionar en los grandes sufrimientos y en las persecuciones á que se exponen con la tenacidad de su conducta. Ya no se las elige en los clubs cuando se nombran las bellas por quienes se brinda; se ven obligadas por sus

(1) *Spectator*, núm. 265.

(2) *Freeholder*, números 4 y 26.

principios á ponerse un lunar en el lado de la frente donde dice peor; se condenan á perder las galas del cumpleaños; de nada las sirve que haya un ejército y tantos jóvenes con sombreros de plumas; tienen que vivir en el campo y dar de comer á sus pollos, cuando podrian presentarse en la corte y lucir un vestido de brocado, si quisiesen conducirse bien... Un hombre se estremece al ver un hermoso pecho henchido de esa rabia política que es tan desagradable aun en un sexo más rudo... Y sin embargo, á veces tenemos la pena de oír las pasiones más viriles expresadas por las voces más dulces.» Pero, afortunadamente, esa pena es rara; «allí donde las flores crecen en profusión, parecen á distancia cubrir el suelo, y hay que acercarse para poder distinguir el pequeño número de malas hierbas que han brotado en aquel hermoso conjunto de colores». Esa galantería es demasiado juiciosa, y extraña un poco ver á manos tan reflexivas tocar tan de cerca á una mujer. Es urbanidad de moralista; por muy bien educado que sea el tal moralista, no es enteramente amable, y si nosotros debemos ir á recibir de él lecciones de pedagogía y de conducta, él podrá venir á buscar cerca de nosotros modelos de trato social y de conversación.

## VII

Si lo primero que procura un francés en sociedad es ser amable, lo primero que procuran los ingleses es permanecer dignos; ellos se inclinan por temperamento á la inmovilidad, como nosotros á la expansión, y su broma es tan grave como alegre la nuestra. En